

Un estudio sobre la historia de la mediación violenta en el valle del Cauca

Mediadores, rebuscadores, traquetos y narcos. Valle del Cauca, 1890-1997
 Darío Betancourt Echeverry
 Ediciones Antropos, Bogotá, 1998,
 189 págs.

Continuando con sus investigaciones históricas sobre el valle del Cauca y sobre la violencia, Darío Betancourt nos presenta en esta obra un análisis histórico de tipo retrospectivo sobre diversos aspectos relacionados con la génesis de la violencia en el suroccidente colombiano, en forma más específica en lo que hoy constituye el departamento del Valle del Cauca.

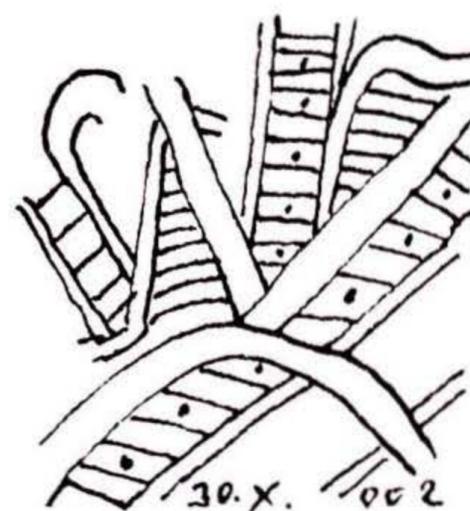
Este trabajo, constituido por cuatro ensayos independientes aunque complementarios, fue un avance de una investigación de más largo aliento que su autor realizó durante varios años. Los ensayos que conforman el libro han sido diseñados en forma secuencial, partiendo de la descripción y análisis sobre la configuración histórica del siglo XIX hasta llegar a los complejos fenómenos de la violencia contemporánea, enfatizando el rol desempeñado por diversos "núcleos mafiosos".

Para reseñar el contenido del libro, nada mejor que clarificar el significado de dos de los términos que se encuentran en el título: los de *mediadores* y de *narcos*. La noción de mediadores hace referencia al eje analítico más importante del texto, ya que la mediación es entendida como la serie de nexos entre la política, la economía y la sociedad nacionales con la región y la localidad. Desde este punto de vista se establece, en las diferentes fases históricas, la forma como evoluciona la mediación y los sujetos mediadores, considerando los casos típicos de mediación partidista hasta desembocar en la mediación "mafiosa" de los

tiempos contemporáneos. La mediación y los mediadores son una expresión, nos dice el autor, de la debilidad del Estado en las regiones y de la configuración particular de apropiación y de dominio territorial por parte de distintos poderes y micropoderes locales. Con detalles se describe la complejidad que adquiere la mediación tanto en la fase de la colonización agraria del siglo XIX, la fundación de pueblos en la cordillera, la expansión capitalista en las zonas planas, en la Violencia "clásica", durante el Frente Nacional y durante los últimos veinticinco años, en pleno período de "modernización violenta". Tomando como laboratorio analítico al Valle del Cauca, Betancourt pone de presente las particularidades que asume la mediación como expresión del desarrollo regional, enfatizando cómo en la mediación se manifiestan con nitidez el peso de las relaciones familiares, las conexiones entre la localidad y el mundo exterior y la fuerza que adquiere la violencia privada como forma de "solucionar" los conflictos en un ambiente caracterizado por la precariedad del Estado o su disolución en manos de los intereses privados. El estudio de la mediación considera las lealtades, los nexos, la dominación y subordinación que se va ejerciendo en el plano local y la manera como las actividades políticas, económicas y sociales se van configurando alrededor de una tupida y enmarañada red de relaciones. Desfilan por allí, mostrándose en cada caso las pertinentes diferenciaciones, los gamonales, los hacendados, las clientelas, los mafiosos, personajes todos que son parte de las formas específicas que adquiere la mediación en el Valle del Cauca y que, de seguro, se han reproducido en formas similares en otras regiones del país, que ameritarían estudios de caso con toda la pasión y la enjundia que ha puesto Darío Betancourt para su clarificación en el caso del Valle.

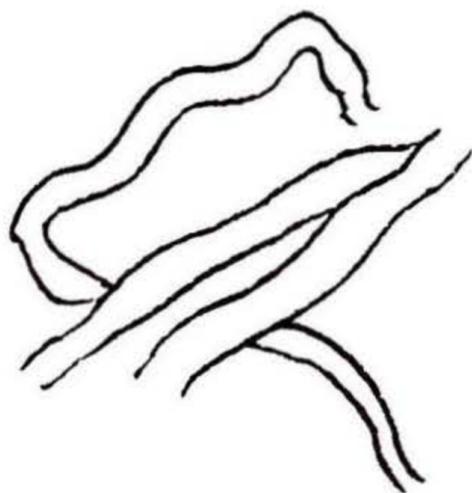
Ahora bien: el análisis histórico de la mediación y de los mediadores tiene como objetivo principal señalar que muchos de los aspectos que

caracterizan a los grupos mafiosos del último cuarto de siglo no son tan originales como se podría creer a primera vista, si se tiene en cuenta que en el análisis efectuado en el libro se recalcan las continuidades de larga duración que se presentan en el Valle. Dichas continuidades ayudan a visualizar, por ejemplo, que la violencia en la región es tan ancestral como el mismo proceso de mediación, pues se gestó ya desde la colonización antioqueña tardía, pasando por las disputas agrarias, los conflictos políticos bipartidistas, adquiriendo un cariz singular con el "empollamiento" de los "pájaros" (asesinos al servicio de determinadas fracciones del partido conservador) y cómo entre éstos y los sicarios contemporáneos al servicio del narcotráfico existe una perfecta continuidad.



El segundo capítulo del libro se ocupa con detalle, aunque es mucho menos sistemático y exhaustivo que el primer ensayo, del estudio de lo que el autor denomina las "organizaciones de tipo mafioso del Valle del Cauca", en el cual los personajes protagónicos son los *narcos*. Éstos no son la negación de los mediadores sino un tipo especial de mediadores, tanto con el Estado —de cuya fragilidad y debilidad se alimentan y se aprovechan— como con las diversas fracciones de las clases dominantes. Haciendo un contrapunteo comparativo entre la mafia italiana y la colombiana, el autor muestra cómo, mientras la primera se caracteriza por su carácter parasitario, la segunda tiene como finalidad el enriqueci-

miento fácil y acelerado. Este hecho permite analizar las particularidades de la consolidación de distintas redes y núcleos mafiosos en torno al narcotráfico en sus diversas fases, desde el cultivo hasta el procesamiento y comercialización de estupefacientes. Estas redes combinan la tradición y la modernización —es decir, los patrones ancestrales de comportamiento político y familiar— con los requerimientos de acumulación de capital en las nuevas condiciones exigidas por la explotación de un producto “ilegal” y “clandestino”. La mediación actual que han logrado los focos mafiosos es más amplia e integradora que la lograda por todos los otros sujetos mediadores a lo largo del siglo XX, ya que abarca todos los aspectos de la vida social, política, económica e incluso cultural, en la medida en que el enriquecimiento fácil ha penetrado hasta en los últimos poros del tejido social de gran parte de los pueblos y localidades de la región valluna, propiciando al mismo tiempo el uso de la violencia individual como forma de control territorial y el soborno y chantaje de los funcionarios de la administración pública, como se puso de presente con las investigaciones del proceso 8000.



Con todos estos elementos se pueden captar las razones que explican la complejidad de la violencia en la región del Valle, así como el poder alcanzado por el narcotráfico, que ha permeado todas las actividades económicas, políticas y sociales, lo mismo que la interpenetración entre la burguesía tradicional con los “nuevos ricos” y la influencia directa de

éstos en la escena política no sólo regional sino nacional a través de la utilización de dos mecanismos altamente persuasivos: el soborno y la violencia.

Las dos últimas partes del libro están consagradas a un tema, aparentemente distinto de los aspectos estudiados en los capítulos anteriores, como es el de la presentación de unos relatos cortos sobre la percepción que ciertos individuos tienen de la situación del Valle, sobre todo en los últimos años. En realidad, Betancourt lo que hace es concentrarse con detalle en una de las fuentes que él ha usado en forma intensiva en su trabajo investigativo, como lo es la fuente oral y los testimonios. Al ver la riqueza implícita de este tipo de testimonios —los que permiten captar los sentimientos, sensaciones y experiencias de seres “anónimos”—, lo que se presenta es una ampliación del espectro histórico de un proceso determinado. Y el autor del libro que comentamos, al descubrir la riqueza de la veta histórica que se esconde en la memoria individual y colectiva que se aloja en cada uno de los testimonios recopilados, no se resistió a presentarnos una reelaboración de diez relatos cortos, en los que, siguiendo las pautas establecidas por Walter Benjamin, nos ofrece un plato succulento de riqueza perceptiva sobre la historia valluna tal como es captada por distintos protagonistas populares, aunque algunos de ellos estén en la otra orilla del conflicto —es decir, del lado de los sectores dominantes, como los terratenientes, los gamonales, los partidos tradicionales— o hayan sido o sean simples mediadores de segundo rango o empleados de los narcos.

En esta parte del trabajo, el libro presenta una mayor claridad y atractivo para el lector, pues se pasa del análisis académico aparentemente frío y convencional al calor de la palabra viva y directa de protagonistas que han vivido cotidianamente los terribles procesos que en la obra se estudian. Con esta combinación de métodos y perspec-

tivas. Darío Betancourt nos muestra que la academia es mucho más productiva y genera resultados mucho más alentadores si se relaciona adecuadamente con el conocimiento popular y cotidiano, sin caer tampoco en el extremo de rendirle un culto acrítico y reverencial a cierta tendencia populista que privilegia exclusivamente los testimonios populares sin tomar distancia frente a ellos.

Lamentablemente, en el caso del libro que hemos comentado existió un desequilibrio, en cuanto a la extensión se refiere, entre las partes consagradas al análisis puramente académico del asunto (en concreto, los dos primeros capítulos que ocupan el ochenta por ciento de las páginas) y los relatos que aparecen en forma marginal y que por su calidad y sabor ameritarían más tiempo y espacio.

RENÁN VEGA CANTOR
Profesor titular,
Universidad Pedagógica Nacional

Colección de heridas

Desterrados. Las cicatrices de la guerra en Colombia

Marisol Gómez Giraldo
Intermedio Editores, Bogotá, 2001,
189 págs., il.

Cicatriz es la señal que queda al curarse una herida. Puesto que no hay el menor indicio de que las secuelas vivas de la guerra en Colombia hayan sanado o lo estén haciendo, el subtítulo resulta impreciso y, a juzgar por los testimonios terribles y contundentes que recoge la autora, tardará mucho tiempo en hacerse realidad.

El libro presenta treinta y ocho crónicas periodísticas de hechos violentos sucedidos entre 1995 y 2000, principalmente en territorio antioqueño, aunque también aparecen historias del Putumayo o Bogotá.